



El viaje de Francis Chichester a Nicaragua, o

La aventura sin puerto

En una ilustración geográfica y simbólica de América, del Siglo XVII —que me obsequió Mejía Sánchez— aparece Nicaragua y partiendo de sus costas, una larga ruta, con esta leyenda: "Viaje desde el Istmo de Nicaragua para el Reyno del Austro y los pasajes incógnitos".

Cualquier nauta, argonauta, geógrafo o viajero de otras tierras que mire el mapa de Nicaragua, su majestuoso mar interior, su río Desaguadero y la especialísima condición de su geografía entre los dos océanos universales y en el ombligo de América, pensará —como el cartógrafo del siglo XVII, o como Gil González cuando vio por primera vez con ojos europeos el Cociholca— que este país es puerto, punto mediterráneo de partida y de llegada, centro de rutas. País de aventura. Desde lejos, el ojo marinerero de Sir Francis Chichester vio esto en el mapa y puso proa hacia nuestro país-puerto como meta de su odisea.

Pero llegó Sir Francis, con los ojos del mundo puestos en su hazaña, y encontró una inesperada y misteriosa errata en el presupuesto de su carta de navegación: una barra de arena secaba y cerraba la boca del viejo y noble río por donde entró, durante siglos, la historia. Del famoso puerto, nada. Un caserío con peste: selva y silencio. Un puerto a la muerte, donde sólo zarpaban pequeños ataúdes. ¡Nunca rudo ser más dudoso el Estrecho Dudoso que a los ojos de este navegante solitario en 1971!

No sé si hemos pensado —mientras volaban helicópteros con periodistas y autoridades queriendo recibir al gran marino inglés— en el contraste que ofreció su arribo. Una especie de gerrafal equivocación. La Aventura dirigiéndose a la Meta, a la vieja puerta de un país-puerto creyéndola abierta y la puerta estaba cerrada, más cerrada que hace cinco siglos: —"Una linda costa!", dijo Sir Chichester galantemente.

En la Embajada Británica escuché luego al intrépido navegante —un hombre gentil, sobrio en palabras pero lleno de vida interior, y con ese aire seguro, vital y deportivo que da el constante trato con el peligro— narrar algunas de sus experiencias de vagabundo de los mares. Pensaba en la singular dimensión de su hazaña. Cuando el hombre ha inventado transatlánticos de mar y cielo, comodidades y seguridades para el viaje, trazarse como norma el riesgo, cruzar a vela y solitario el océano. ¿Para qué? Sería la pregunta lógica de nuestra civilización. Y, hasta más prosaicamente, más burguesamente, se podría agregar: ¿qué se gana?

Se gana algo imponderable: afirmar lo humano; porque ser hombre —dice Jaspers— "es sobrepasarse sin cesar".

Recibir de la civilización, pasivamente, sus dones; arrellanarse en sus comodidades, consumir sus ofertas hinchando el vientre estático, es el modo más rápido de descender en el nivel humano. Si el hombre se niega sistemáticamente a responder al reto de la "aventura" —y sólo se entrega al metódico goce del "orden" conseguido— comienza su decadencia. Ser hombre es sobrepasar, siempre, las medidas recibidas. Es el riesgo de buscar más. Como decía el lema del escudo de Machuca, descubridor de nuestro Desaguadero: "A la escuadra y al compás, más y más, más y más". Y esas almas odiseicas que se imponen metas hazañeras y aventureiras, lo que hacen es responder a la voz dinámica de la especie trazando marcas de riesgo y superación, suscitando el espíritu de osadía. Son despertadores, acicates contra la tentación del bien-estar, contra la permanente tentación burguesa de mermar, de conservar sin crear. Porque en cada etapa histórica

se plantea, con soluciones diferentes, la lucha entre las dos fuerzas: las de la Aventura y las del Orden. El resultado ideal, que muy pocas veces se logra, es el del equilibrio entre ambas: a ese equilibrio deben tender la buena política, la buena formación y la verdadera cultura. Pero, lo que predomina, es la incli-



nación, a veces desorbitada, de una de esas fuerzas. Así vemos producirse en la historia épocas de viejos y épocas de jóvenes: épocas en que el espíritu se apega apocado y pusilánime a la TRADICION; épocas en cambio en que irrumpe, a veces irrefrenable, hacia la INNOVACION. Epocas conservadoras y épocas creadoras. "Hay generaciones —escribió Ortega y Gasset— infieles a sí mismas que defraudan la intención cósmica depositada en ellas. En lugar de acometer resueltamente la tarea que les ha sido prefijada, sordas a las urgentes apelaciones de su vocación, prefieren ses-tear alojadas en ideas, instituciones, placeres creados por las anteriores. Claro es que esta deserción del puesto histórico no se comete impunemente. La generación delincuente se arrastra por la existencia en perpetuo desacuerdo consigo misma, vitalmente fracasada".

Cuando estas generaciones desertoras llegan al momento de su natural relevo, chocan con la siguiente generación. Son incapaces de diálogo. Acostumbradas a su estancado "statu quo" son incapaces de comprender la demanda de "cambio" y de renovación de sus juventudes. Quieren inmovilizar a sus hijos, obligarlos a paralizarse en la silla de ruedas senil de su conservadurismo, castrándoles la dinámica de su edad. Entonces, como ellos se resisten, culpan a los jóvenes, condenan el riesgo, maldicen y castigan lo nuevo.

Esa lucha contra la osadía, contra la aventura, contra las generaciones inaugurales de parte de las generaciones estáticas y reaccionarias, está simbolizada en la lucha del tímido y temeroso hombre de tierra —aferrado a su seguridad— contra el temerario navegante que se arroja a cruzar los límites de lo conocido.

Es el espanto de Horacio —el poeta latino y urbano— cuando su amigo Virgilio hace viaje a Grecia. En su oda, lleno de temor ante la aventura, evoca las figuras míticas que perecieron por traspasar "la barrera sagrada". Afea a los héroes audaces, Prometeo, Faetón, Icaro... Y burguesamente, pacatamente, regaña a su osado maestro:

"El hombre, audaz para
(emprenderlo todo,
conculca el orden y el límite
(traspasa...
Nada al mortal detiene. El propio
(cielo
quiere escalar; y su demencia es
(tauta
que al noble Jove denonar no deia
su ira, por nuestras culpas irritada".

Es la maldición que tan bella mente poetizaba Camoens, el poeta navegante portugués, para el que inventó la nave:

"O! maldito o primeiro que, no
(mundo
Nas ondas vela pós em seco lenho.

Es el alma envejecida que se niega al cambio, que teme el riesgo. Es la Autoridad recelosa de

2 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

la Libertad (la Autoridad que llama disciplina a la castración) que corta las alas a la juventud. Orden y Aventura. Fuerzas contrapuestas que en Nicaragua se han transformado en lucha de generaciones. Cifar quiere partir a su destino. Su madre —la tierra— temerosa e incomprendible lo quiere retener. Es "La Partida":

"Dijo la madre a Cifar:

—Deja las aguas!

Sonó Cifar el caracol y riéndose exclamó:

—El Lago es aventura!

—Prefieres, dijo ella

lo temerario a lo seguro.

—Prefiero

lo extraño a lo conocido.

Izó Cifar los focos

y el solo ruido loco de palomas de la vela

lo llenó de alegría.

—¡Madre: habla en tu lengua el techo estable, la casa, la mujer. (Dicen

que las islas son tumbas de mujeres).

El hombre es nave!

—¡Es riesgo!, gritó ella.

Cifar sonrió; puso el arpa en la proa y doblando el torso tiró de la cadena y levó el ancla.

Otra vez un niño

salía del vientre de su madre al mundo...

PABLO ANTONIO CUADRA